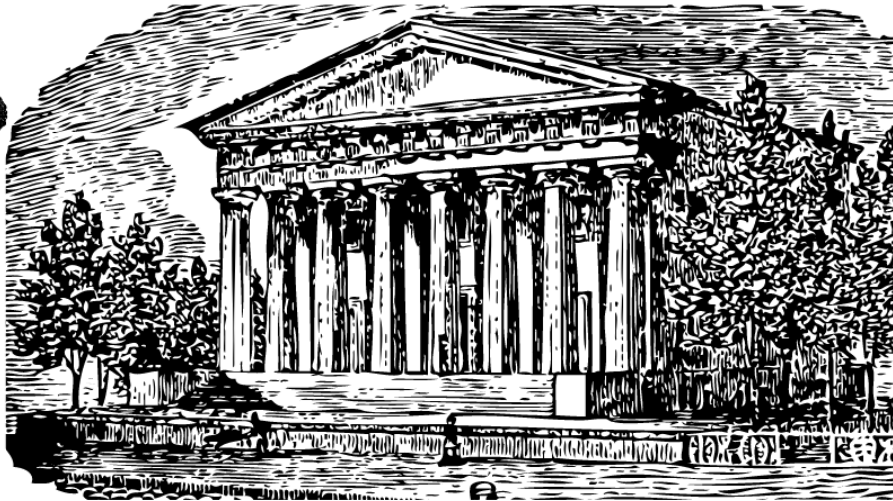




LA SEXUALIDAD EN LA ANTIGUA GRECIA



TFG GRADO DE HUMANIDADES

Enero de 2023

AUTORA:
AROA
FERNANDEZ
REDONDO

TUTORA:
MARTA
SANCHO
PLANAS



Resumen

La sexualidad es un fenómeno pluridimensional que varía según el contexto histórico y social de cada momento. De esta manera, en este TFG vamos a investigar cómo era entendida y vivida socialmente la sexualidad en la Antigua Grecia durante las épocas arcaica (776-490 a.e.c.), clásica (490-323 a.e.c.) y helenística (323-146 a.e.c.), centrándonos específicamente en analizar si la sexualidad era desarrollada de un modo diferente por el género masculino y femenino.

Palabras clave: sexualidad, Antigua Grecia, género, misoginia, bisexualidad, virginidad, reproducción, placer, mitos.

Abstract

Sexuality is a multidimensional phenomenon that varies according to the historical and social context of each moment. In this final project, we will investigate how sexuality was understood and socially experienced in Ancient Greece during the Archaic (776-490 b.c.e.), Classical (490-323 b.c.e.) and Hellenistic (323-146 b.c.e.) periods, focusing specifically on analyzing whether sexuality was developed differently by the male and female gender.

Key words: sexuality, Ancient Greece, gender, misogyny, bisexuality, virginity, reproduction, pleasure, myths.

“La sexualidad forma parte de nuestro comportamiento, es un elemento más de nuestra libertad. La sexualidad es obra nuestra —es una creación personal y no la revelación de aspectos secretos de nuestro deseo—. A partir y por medio de nuestros deseos, podemos establecer nuevas modalidades de relaciones, nuevas modalidades amorosas y nuevas formas de creación. El sexo no es una fatalidad, no; es una posibilidad de vida creativa”.

Michael Foucault, 1982.

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| 1. Introducción | 4 |
| 1.1. Objetivos | 5 |
| 1.2. Metodología y técnicas de investigación | 6 |
| 1.3. Estado de la cuestión y marco teórico | 7 |
| 2. La sexualidad en la Antigua Grecia | 10 |
| 2.1. Sexualidad y sociedad | 11 |
| 2.2. Identidades de género | 12 |
| 2.2.1. Sociedad binaria | 13 |
| 2.2.2. Identidad de género masculina | 14 |
| 2.2.3. Identidad de género femenina | 16 |
| 2.3. Orientaciones sexuales | 19 |
| 2.3.1. Bisexualidad masculina | 20 |
| 2.3.2. Bisexualidad femenina | 22 |
| 2.4. Comportamientos y conductas sexuales | 25 |
| 2.4.1. Virginidad | 25 |
| 2.4.2. Reproducción | 27 |
| 2.4.3. Placer | 29 |
| Prostitución | 32 |
| 2.5. Sexualidad y cultura | 35 |
| 2.5.1. La sexualidad en los mitos griegos | 35 |
| Representación masculina y femenina | 36 |
| La bisexualidad | 38 |
| Comportamientos y conductas sexuales | 39 |
| 3. Conclusiones | 41 |
| 4. Recursos y bibliografía | 44 |

1. Introducción

A través del siguiente TFG, vamos a llevar a cabo una investigación sobre la sexualidad en la Antigua Grecia. Según la Organización Mundial de la Salud, la sexualidad es “(...) un aspecto central del ser humano, presente a lo largo de su vida. Abarca al sexo, las identidades y los papeles de género, el erotismo, el placer, la intimidad, la reproducción y la orientación sexual. Se vivencia y se expresa a través de pensamientos, fantasías, deseos, creencias, actitudes, valores, conductas, prácticas, papeles y relaciones interpersonales. La sexualidad puede incluir todas estas dimensiones, no obstante, no todas ellas se vivencian o se expresan siempre. La sexualidad está influida por la interacción de factores biológicos, psicológicos, sociales, económicos, políticos, culturales, éticos, legales, históricos, religiosos y espirituales” (OMS, 2006). De este modo, la sexualidad es un fenómeno pluridimensional que varía según el contexto histórico y social de cada momento.

Así pues, dado mi gran interés por los asuntos que conciernen al ser humano y por las sociedades del pasado, he decidido centrar mi investigación en el análisis de la sexualidad en la Antigua Grecia para poder observar cómo era entendida y vivida socialmente durante este periodo —época arcaica (776-490 a.e.c.), clásica (490-323 a.e.c.) y helenística (323-146 a.e.c.)—.

1.1. Objetivos

Esta investigación parte de la idea de que en la Antigua Grecia, al igual que en la actualidad, existían claras diferencias entre la sexualidad masculina y la femenina, más concretamente en temas como el sexo, el placer, la virginidad o las orientaciones sexuales. Por ese motivo, el objetivo general de este trabajo es analizar si en la Antigua Grecia —época arcaica (776-490 a.e.c.), clásica (490-323 a.e.c.) y helenística (323-146 a.e.c.)— la sexualidad era entendida y vivida de formas diferentes por el género masculino y por el femenino.

Para llevar a cabo esta comparativa, analizaremos aspectos esenciales de la sexualidad como las relaciones sexuales —centrándonos en temas más específicos como la reproducción, la

virginidad, el placer y la prostitución—, las orientaciones sexuales y las identidades de género. Además, observaremos cómo representaban estas temáticas a través de los mitos. Por eso mismo, este trabajo tiene también los siguientes objetivos específicos:

-Observar cómo eran entendidas las identidades de género y las orientaciones sexuales durante este periodo.

-Explicar cuál era verdaderamente el comportamiento sexual de los habitantes de la Antigua Grecia.

-Determinar si los mitos, uno de los elementos culturales más representativos de la sociedad helena, sirven como reflejo del pensamiento de la sociedad de la Antigua Grecia en el tema de la sexualidad.

1.2. Metodología y técnicas de investigación

En este TFG utilizaremos una metodología cualitativa, dado que basaremos la investigación en la lectura bibliográfica especializada —bien mediante el formato tradicional del libro, bien mediante el uso de las nuevas tecnologías— y en las fuentes arqueológicas oportunas. Puesto que este trabajo aborda principalmente una temática histórica, esta es la metodología que mejor se adapta a las necesidades de la investigación. Asimismo, para tener un mayor conocimiento sobre el tema del género y la sexualidad, nos apoyaremos también en los análisis llevados a cabo por los grupos de investigación ADHUC (Centro de Investigación Teoría, Género, Sexualidad) y Tàcita Muta —especialmente en las obras de la autora Dolors Molas—.

Para poder realizar una correcta lectura de la bibliografía especializada —entre la cual podemos encontrar obras de autores clásicos y de investigadores actuales—, vamos a dividirla en cinco bloques diferentes. Esto nos permitirá llevar a cabo las lecturas oportunas y resumir la información de manera adecuada por áreas de estudio. Los bloques temáticos son los siguientes:

1. Temas generales sobre la sexualidad humana
2. Vida, sociedad y cultura de la Antigua Grecia
3. Sexualidad en la Antigua Grecia
4. Las mujeres en la Antigua Grecia y la sexualidad femenina
5. Fuentes arqueológicas y análisis iconográfico

A través de la información obtenida en el último apartado —fuentes arqueológicas y análisis iconográfico— y con el apoyo de varias obras de arte, acompañaremos el análisis mostrando cómo era representado el tema de la sexualidad en el arte griego. Las obras escogidas nos van a ayudar a representar de forma visual las cuestiones tratadas en los diversos apartados.

1.3. Estado de la cuestión y marco teórico

Hasta hace unas décadas, la sexualidad era un tema tabú en nuestra sociedad occidental. La antigua moral cristiana asentó la idea de que sólo se debían mantener relaciones sexuales dentro del matrimonio, obviamente entre un hombre y una mujer, con fines reproductivos. La moral sexual cristiana defendía conceptos como el arquetipo de la virginidad, o la idea de que el sexo era simplemente un método para procrear y no para sentir placer. Por lo tanto, cualquier otro acto o pensamiento sexual que tuviera un diferente motivo o finalidad, era considerado pecado capital (lujuria). Sin embargo, a partir de los años 60 comenzó a surgir un cambio en la concepción social de la sexualidad —conocido como revolución sexual— entre los ciudadanos de occidente. Poco a poco, temas como el sexo por placer, el uso de métodos anticonceptivos o las relaciones sexuales entre personas del mismo género empezaron a aceptarse y normalizarse en la sociedad.

Actualmente nos encontramos en un instante en el que la sexualidad es entendida como parte natural del comportamiento y desarrollo humano. En el ámbito académico, la sexualidad ha sido un importante tema de estudio durante los últimos años, prueba de ello

son los cientos de textos y artículos que podemos encontrar sobre esta temática¹. Sin embargo, aunque durante los últimos tiempos han ocurrido enormes avances en el tema de la liberación sexual, lo cierto es que como consecuencia de la sociedad patriarcal en la que vivimos, las mujeres continúan sufriendo grandes discriminaciones por querer vivir, hablar y disfrutar de su sexualidad libremente. A raíz de este problema, en este trabajo nos planteamos si también existía una clara diferencia entre los comportamientos sexuales de los hombres y de las mujeres en la Antigua Grecia. Para dar respuesta a estas cuestiones, contamos con diversas fuentes bibliográficas relacionadas con este tema.

Uno de los autores que más importancia ha tenido en la investigación de la sexualidad griega es Michel Foucault. En sus obras *El uso de los placeres* (1978) y *El cuidado del sí* (1984) —segundo y tercer volumen de la trilogía *Historia de la sexualidad*—, el autor reflexiona sobre diferentes aspectos de la sexualidad como su dimensión económica o su vinculación con el orden jurídico y social. Otro de los autores más relevantes es David Cohen, que en su obra *Law, sexuality and society. The enforcement of morals in Classical Athens* nos habla sobre el control social y la regulación legal de la sexualidad en la Antigua Grecia. Sobre el tema de la homosexualidad y bisexualidad en el mundo heleno, podemos encontrar un gran número de obras —principalmente tratando más a fondo el tema de las relaciones entre hombres— entre las que podríamos destacar *Homosexualidad griega* de Kenneth Dover, y *Según natura: La bisexualidad en el mundo antiguo* de Eva Cantarella. Por otro lado, sobre la situación político-social en la que se encontraba la mujer en la Antigua Grecia podríamos destacar las obras de Sue Blundell *Women in Ancient Greece* y *Women in Classical Athens*. Asimismo, en este ámbito son importantes también las obras de la catedrática Ana Iriarte, entre las cuales podríamos subrayar *Feminidades y convivencia política en la antigua Grecia*. Por último, otra de las autoras remarcables que ha añadido la perspectiva de género al ámbito de estudio de la Historia Antigua es Dolors Moras a través de obras como *De las mujeres, el poder y la guerra. Historia y creación* (2012) o *Violencia deliberada. Las raíces de la violencia patriarcal* (2007).

¹ Solo con realizar una rápida búsqueda a través de la plataforma de Google Académico podemos encontrar 716.000 resultados de artículos y obras relacionadas con esta temática.

1.4. Ámbito de investigación

Teniendo en cuenta los objetivos propuestos, este trabajo cuenta con diversos ámbitos de investigación.

- Historia Antigua: El objeto de estudio de este trabajo es la sociedad y los habitantes de la Antigua Grecia, por lo que la investigación se centra en este lugar y periodo histórico. Cronológicamente, el término Antigua Grecia engloba el periodo de tiempo concurrido aproximadamente entre el año 1200 a.n.e y el año 146 a.n.e. Sin embargo, en esta investigación nos centraremos específicamente en las épocas arcaica (776-490 a.n.e.), clásica (490-323 a.n.e.) y helenística (323-146 a.n.e.). De igual modo, la expresión Antigua Grecia hace referencia al conjunto de tierras y lugares ocupados por los griegos durante la época anteriormente mencionada. En rasgos generales, este territorio vendría a ser la actual Grecia, diferentes islas situadas en los mares Egeo y Jónico, y la costa occidental de la actual Turquía.
- Sexología: La sexología es la ciencia que estudia los comportamientos e intereses sexuales de los individuos. En este caso, al tratarse de un trabajo sobre la sexualidad en la Antigua Grecia, la sexología juega un papel fundamental en la investigación puesto que nos va a permitir acercarnos a esta temática para poder comprender cómo fue el desarrollo de la sexualidad durante este periodo.
- Antropología: La antropología —del griego clásico *anthropos* (hombre o humano) y *logos* (ciencia)— es una ciencia social que se encarga de estudiar los comportamientos y la naturaleza humana. En este trabajo, a través de una investigación antropológica podremos conocer los comportamientos y la naturaleza —concretamente la sexual— de los habitantes de la Antigua Grecia.
- Sociología: La sociología es una ciencia social que se centra en el estudio y la investigación de los comportamientos sociales de los seres humanos. A través de este

acercamiento histórico podremos conocer también cómo era el modelo de sociedad —las jerarquías y estructuras internas— de los ciudadanos griegos.

- Estudios de género: Como hemos mencionado anteriormente, el objetivo principal de este trabajo es investigar si la sexualidad en la Antigua Grecia era vivida y entendida de formas diferentes por el género masculino y el femenino. Por lo tanto, a través de los estudios de género, trataremos de observar y reconocer la construcción social de la diferencia sexual entre los habitantes de la Antigua Grecia.
- Arqueología: La arqueología es la ciencia que estudia e interpreta las sociedades pasadas por medio de sus restos materiales. En este trabajo los restos arqueológicos nos permitirán llevar a cabo un análisis iconográfico del arte griego, gracias al cual podremos observar cómo representaban el tema de la sexualidad.

2. La sexualidad en la Antigua Grecia

“La sexualidad es un fenómeno pluridimensional que varía de una cultura a otra y en el contexto socio-histórico en que se desarrolle” (Vera-Gamboa, 1998: 118). Así pues, la concepción de la sexualidad que tenían en la Antigua Grecia era diferente a la que tenemos en la actualidad. De esta manera, a través del siguiente TFG vamos a comprobar cómo era vivida, desarrollada y entendida socialmente la sexualidad durante este periodo —época arcaica (776-490 a.e.c.), clásica (490-323 a.e.c.) y helenística (323-146 a.e.c.)—.

Antes de comenzar, es necesario mencionar también que la mayoría de los escritos que han llegado hasta nuestros días desde la Antigua Grecia fueron redactados por hombres. Por lo tanto, a partir de ahora debemos tratar de enmarcar las apreciaciones y opiniones subjetivas que aparezcan en las fuentes de información contrastadas, en el contexto y la mentalidad de los hombres helenos (Molina, 2014: 1).

2.1. Sexualidad y sociedad

Los contextos sociales y culturales determinan las actitudes y concepciones sexuales de los individuos: “la sexualidad está conformada tanto por factores biológicos como psicoafectivos y socioculturales. El comportamiento sexual humano está determinado por una imbricada interrelación de estos aspectos, que adquieren distintas características de acuerdo con los momentos del curso de la vida” (Della Mora, 2013: 25). Por lo tanto, para poder llevar a cabo un análisis sobre la sexualidad en la Antigua Grecia, en primer lugar debemos observar brevemente cuáles eran sus circunstancias históricas, políticas y socioculturales.

Durante los periodos arcaico, clásico y helenístico, la región griega —más conocida como Hélade— estaba conformada por diversas polis o ciudades-estado —como Atenas, Esparta, Corinto, Mileto, Tebas, Olimpia, etc— repartidas entre diferentes puntos de la actual Grecia, diversas islas situadas en los mares Egeo y Jónico, y la costa occidental de Turquía. Las polis griegas eran políticamente independientes (autogobierno), por lo que cada una tenía sus propias leyes. Aún así, poseían el mismo idioma (griego clásico), la misma cultura (ideas,

valores, creencias) y los mismos sustentos económicos (agricultura y comercio marítimo), por lo que sus sociedades compartían un gran número de características comunes (Pomeroy et al., 2011: 111-112).

En rasgos generales —habiendo ciertas variaciones en cada ciudad-estado²—, las sociedades de las polis griegas estaban divididas en dos clases diferentes (ciudadanos y no ciudadanos) que contaban con distintos derechos, libertades y obligaciones. Por un lado, se consideraba como ciudadanos a los hombres adultos libres que hubieran nacido en la ciudad-estado. Los ciudadanos, al ser considerados como individuos de pleno derecho, debían formar parte de la política y vida pública. Por otro lado, los no ciudadanos estaban divididos en otras tres categorías: mujeres, extranjeros y esclavos. Las mujeres y los extranjeros de la polis no podían participar en la política, pero sí eran considerados como individuos libres. En cambio los esclavos no eran personas libres, por lo que no contaban con ningún tipo de derecho sino que pertenecían a sus amos.

Por lo tanto, entre los habitantes de la Antigua Grecia podemos observar una división de clase marcada por el estatus social y el poder adquisitivo de las personas, al igual que una gran diferenciación de género entre los hombres y las mujeres.

2.2. Identidades de género

La identidad de género es una construcción social que se basa en la división dualista —y presuntamente biológica— del sexo (hombre/mujer) para designar a los individuos a través de determinados roles, pensamientos, características y conductas sociales correspondientes a cada género (masculino y femenino). “En este modelo, sexo (biología), género (cultura) y sexualidad (prácticas) se suceden de forma binaria, mecánica y lineal: un cuerpo alberga un solo sexo; ese sexo, entendido en términos dimórficos (hombre/mujer) se corresponde necesariamente con un único género, entendido también en términos binarios y opuestos o/o (masculino/femenino) y en coherencia con el sexo. Todo ello sucede en el marco de dos

² En Esparta, los únicos considerados como ciudadanos eran los hombres libres espartanos de nacimiento que pertenecieran a la aristocracia (Oliva, 1983: 31).

posibilidades sexuales (homo/hetero) de distinto valor, pues la sexualidad heterosexual/reproductiva ha sido la norma socialmente aceptada” (Enguix, 2022: 76).

Sin embargo, estos conceptos son sumamente actuales y no existían de la misma manera en la Antigua Grecia. Si nos acercamos a la sociedad helena, “ni la perspectiva de los textos ni la de la arqueología permiten afirmar que todos los hombres y todas las mujeres están igualmente concernidos por la prescripción del género” (Sebillotte, 2015: 59). Por esa razón, en esta investigación vamos a hablar sobre el concepto del género para poder acercarnos y referirnos a las conductas y actitudes propias que mantenían los hombres y las mujeres griegas, pero no para clasificar a los habitantes de la Antigua Grecia según la concepción del sexo/género actual.

2.2.1. Sociedad binaria

En la Antigua Grecia, los habitantes de la Hélade eran clasificados de forma binaria según sus presuntas diferencias biológicas: hombre (*anér*, ciudadano adulto) y mujer (*guné*, esposa y madre de los ciudadanos). La separación de género entre los residentes de las polis era muy notoria. Hombres y mujeres pasaban la mayor parte de su vida en espacios distintos y excluyentes³, juntándose principalmente con fines reproductivos. Además, el lugar que ocupaban los habitantes masculinos y femeninos en la sociedad helena era completamente distinto. Los varones eran dueños del espacio público, por lo que debían hacerse cargo de las actividades relacionadas con la economía, la política y la guerra. Por su parte, las féminas debían encargarse del espacio privado: procreación y administración del hogar (*oikos*) (Sagrستاني y Córdoba, 2010: 56). De esta manera, al no ser reconocidas como ciudadanas, las mujeres quedaban relegadas de la vida pública, debiendo conformarse con ser las mujeres y/o madres de algún ciudadano. Por lo tanto, según los parámetros actuales podríamos decir que la sociedad de la Antigua Grecia era patriarcal, puesto que los varones eran quienes tenían el predominio y la autoridad social.

³ Incluso en los propios *oikos* (hogares) griegos, existía una división del espacio según el género. Las mujeres de la casa debían convivir todas juntas —incluso con las esclavas si las hubiera— en una zona denominada como gineceo (Sagrستاني y Córdoba, 2010: 56).

Este era un sistema “basado en el prejuicio sexista de la inferioridad natural del sexo femenino que da lugar a relaciones sociales asimétricas y jerárquicas entre hombres y mujeres” (Molas, 2006: 34-35). El filósofo griego Platón defendía que las desigualdades entre hombres y mujeres eran naturales —siendo a su parecer las féminas inferiores a los varones—, por lo que entre ambos debía existir también una diferenciación en las tareas y labores:

“Hablemos, pues, por ellos: «Sócrates y Glaucón, no necesitamos a otros oponentes que a vosotros; pues vosotros mismos, al principio de la fundación de vuestra república, estuvisteis de acuerdo en que cada uno debía realizar un solo oficio, de acuerdo con su propia naturaleza.» Lo convinimos, creo; ¿cómo no? «¿Es posible, pues, que no exista una gran diferencia entre la naturaleza de la mujer y del hombre?» ¿Cómo no ha de haberla? «Por consiguiente, ¿conviene que a cada uno de los dos se le asigne distinto trabajo según su propia naturaleza?» No hay duda. «¿Cómo, pues, no erráis ahora y os contradecís a vosotros mismos afirmando, además, que los hombres y las mujeres deben ejecutar las mismas funciones, a pesar de que tienen una naturaleza con una acusada diferencia?»” (Platón, La república: IV).

Así pues, alrededor de cada género podemos encontrar ciertos roles y conductas que les eran asignados a los individuos basándose en sus supuestas diferencias “naturales”⁴.

2.2.2. Identidad de género masculina

La vida del hombre heleno estaba marcada por su desarrollo biológico: niño (*paidíon*), chico (*país*), muchacho (*meirákion*), joven (*neanískos*), hombre (*anér*), persona de edad avanzada (*presbútēs*) y anciano (*gérōn*) (González, 2020: 242). Durante su adolescencia y juventud, los hombres autóctonos de las polis debían prepararse para convertirse en ciudadanos de

⁴ “El hombre es duro, la mujer es blanda (salvo cuando, agraviada, reacciona fuera de todo control); el hombre es racional, la mujer tiene rachas de irracionalidad. El hombre tiene autodominio (Platón condena a los héroes que lloran en escena), la mujer no. El hombre tiene dotes de mando, la mujer no” (Rodríguez Adrados, 1996: 85).

plenos derechos, pasando por un periodo de pasividad hasta alcanzar la madurez necesaria para ejercitar sus derechos civiles y políticos (Sagrستاني y Córdoba, 2010: 62). Una vez alcanzaban la mayoría de edad, su labor principal era cumplir con sus obligaciones como ciudadanos, ejerciendo un rol activo en el desarrollo de la ciudad. Los ciudadanos griegos podían/debían tomar parte en la economía (pagar impuestos), la acción política (ostentar cargos públicos), las asambleas deliberativas y judiciales (participar en los debates públicos) y el ámbito militar (defender la polis de cualquier posible amenaza). Asimismo, tenían que acudir a los eventos públicos (ceremonias religiosas, festividades, etc) y mantener intactos su estatus y honorabilidad social —estos dos aspectos tenían una grandísima importancia para los helenos—.

Entre los ciudadanos griegos, podemos encontrar dos clases distintas de varones. Por un lado estaban los aristócratas, los cuales contaban con una buena economía y por lo tanto una posición privilegiada en la sociedad. Por otro lado estaban los ciudadanos con rentas más bajas, que se dedicaban a la agricultura y al comercio. Por debajo en el escalafón social, se situaban los hombres libres que no eran ciudadanos, es decir, los migrantes⁵ —estos contaban con la misma posición social que las mujeres de los ciudadanos—. Estas personas carecían de derechos políticos y no podían ostentar ningún cargo público. Por último, al final del todo se encontraban los esclavos, que no contaban con ningún tipo de derecho y eran tratados como meras mercancías —perteneían a las familias de los ciudadanos—.

Al llegar a su madurez, por norma general todos los hombres debían contraer matrimonio —previamente acordado con el varón responsable de la fémina (padre, hermano)— con una finalidad reproductiva. De este modo, los ciudadanos helenos se aseguraban la creación de futuros ciudadanos para la polis. Además, los hombres griegos, al ser los cabezas de familia, debían encargarse del cuidado, tutela y vigilancia de sus mujeres, asegurando ante todo su honorabilidad. Por esa razón, en la mayoría de las ocasiones —salvo en las familias de bajos recursos o cuando las encargadas de hacer la compra eran las esclavas—, los hombres se encargaban de proveer los alimentos necesarios a las mujeres para que estas se quedaran al

⁵ En la ciudad de Atenas eran conocidos como *metecos* (Struve, 1985: 123).

cuidado del *oikos* y apenas tuvieran que salir de casa. Era así como los varones mantenían bajo control a las mujeres de su familia.

En el discurso *Contra Timarco* (345 a.n.e.), escrito por el político y orador ateniense Esquines, podemos encontrar más información acerca de cómo era entendida la masculinidad en la Grecia clásica:

“Prostituirse está tan mal visto desde el punto de vista de la ciudad como eludir la responsabilidad del deber militar o abandonar su escudo en el campo de batalla. Estas faltas se consideran igual de graves que desentenderse de sus ancianos progenitores, arruinar el patrimonio familiar por llevar un tren de vida extravagante o por negligencia, o no pagar sus impuestos. La norma del ideal masculino responde al control de sí mismo (ética de la *sophrosúne* y del *kósmos*). Dicho control responde a una ética concreta: se trata de proteger la esfera de la legítima transmisión de los bienes y del estatus. Todas las prácticas sexuales son lícitas en Atenas, siempre que los que comparten el deseo (hombres y mujeres) no pertenezcan al *oikos* del vecino. Cosa especialmente importante para las chicas, pues, evidentemente, se teme un embarazo ilegítimo. En consecuencia, las prescripciones para un comportamiento ideal conciernen tanto a los hijos como a las hijas, al menos mientras forman parte de la casa ciudadana” (Sebillotte, 2015: 58).

Por lo tanto, podríamos decir que en la Antigua Grecia, los hombres —principalmente los ciudadanos de las polis— tenían un gran número de responsabilidades y roles asociados a la masculinidad, pero también contaban con una posición privilegiada dentro de la sociedad.

2.2.3. Identidad de género femenina

La vida de la mujer griega era organizada en base a las relaciones que mantenía con los hombres: antes del matrimonio (virgen), durante el mismo (esposa y madre) y después (viuda) (González, 2020: 242). A lo largo de toda su vida, las féminas se veían obligadas a

depender de los hombres para poder subsistir, siendo consideradas en la actualidad como eternas menores de edad (Molina, 2014: 6). Durante su niñez, era su padre —o en caso de fallecimiento del mismo, algún hermano o pariente varón cercano— el que mantenía su tutela y se encargaba de educarlas según la virtud *sophrosúne*: ser recatadas, sumisas y castas (Rodríguez, 1996: 70). En cuanto llegaban a la adolescencia y comenzaban a desarrollarse como mujeres, el hombre que mantuviera su tutela se encargaba de acordar un matrimonio de conveniencia para ellas —existiendo generalmente una gran diferencia entre las edades del marido y de la mujer—. De esta manera, las mujeres pasaban a estar a cargo de sus maridos, los cuales únicamente se casaban con fines reproductivos.

Al no ser consideradas como ciudadanas, las mujeres helenas eran marginadas de la vida política, y su testimonio no era admitido por los tribunales. En consecuencia, las mujeres quedaban relegadas al ámbito privado: administración de la economía de sus hogares y procreación/cuidado de los hijos. Al menos que estuvieran en una situación precaria y se vieran en la necesidad de trabajar, las mujeres griegas muy pocas veces se alejaban de sus hogares, salvo en celebraciones religiosas o funerales puesto que solían ser sumamente devotas⁶.

Para Homero, las cualidades que definían a la buena mujer hacen referencia exclusivamente a su papel en el *oikos*:

“Las cualidades que definen a la mujer «buena» en Homero se circunscriben estrictamente a su papel doméstico de esposa y madre. Son honradas por su belleza, su destreza y su diligencia en el telar, en la administración cuidadosa de la casa, y por su buen sentido práctico. (...) Se espera de ellas que actúen con modestia cuando estén en público o en compañía de hombres, y sobre todo que sean castas. Aunque a los varones se les permite tener concubinas, las mujeres

⁶ Esta situación se daba en la mayoría de la polis griegas salvo en Esparta, puesto que al ser una ciudad-estado en la que sus ciudadanos vivían completamente entregados al cumplimiento de sus deberes militares y cívicos, la vida familiar desempeñaba un papel secundario. Por eso mismo, las pobladoras espartanas contaban con mayores libertades que el resto de mujeres de la Hélade —motivo por el cual los ciudadanos espartanos recibieron bastantes críticas— (Jaeger, 2001: 300).

adúlteras acarrear la desgracia y el deshonor a sí mismas y a sus familias. Como en la Grecia de época posterior, la mujer está bajo el dominio estricto de sus parientes de sexo masculino y su marido desde su nacimiento hasta su muerte” (Pomeroy et al., 2011: 90).

Entre las mujeres griegas, podemos encontrar distintos tipos de comportamientos, actitudes y roles marcados por su posición social. En lo más bajo de la cúspide social se encontraban las esclavas. Las esclavas eran consideradas como propiedades de los ciudadanos de la polis, así que no contaban con ningún tipo de derechos o autonomía. Realizaban todo tipo de labores en el hogar, ayudando sobre todo a la señora de la casa —que generalmente era la encargada de repartir las tareas— en el cuidado de los hijos y mantenimiento del *oikos*. Además, como el cabeza de familia era el hombre, las esclavas debían estar preparadas para contentarlo y entretenerlo si así lo requiriera: realizando algún baile, tocando algún instrumento o incluso manteniendo relaciones sexuales con él o con sus invitados (Molina, 2014: 5).

En esta escala social, por encima de las esclavas estaban las mujeres libres provenientes de entornos humildes. Al encontrarse en una situación precaria, estas mujeres tenían la necesidad de valerse por sí mismas y trabajar. Por lo tanto, a diferencia de otras mujeres, estas tenían que salir de sus casas por obligación. Otro grupo de mujeres que gozaban de una mayor “libertad” eran las *hetairas*. Estas cortesanas también debían estar tuteladas por un hombre, pero al ser las únicas mujeres que eran capaces de ganarse el respeto y cariño de los ciudadanos griegos, contaban con una mayor emancipación (Molina, 2014: 6).

Por último, en la cúspide de la jerarquía social femenina de la Antigua Grecia estaban las esposas de los aristócratas. Al pertenecer a una familia con un gran estatus social, eran las mujeres que más apartadas y aisladas se encontraban de la sociedad para poder mantener intacta su honorabilidad. A su modo de ver, esta era la única manera en la que los esposos podían asegurar la legitimidad de sus hijos. “Una perfecta señora aristócrata griega, especialmente ateniense, era una mujer refinada, discreta, cautiva en su propio hogar y sobre todo fértil para poder llevar a cabo la labor más importante que podría ejercer: ofrecer ciudadanos a la polis a la que pertenecía” (Molina, 2014: 7)

Algunos historiadores como David Cohen proponen que el aislamiento de las mujeres griegas no era tan estricto en la cotidianidad. En las comedias y obras griegas, podemos encontrar un gran número de ejemplos de mujeres desarrollando actividades fuera de sus hogares durante el día a día. En consecuencia, Germán Molina Ruiz recoge la idea de Cohen y propone que el control de la sexualidad femenina debía ser más simbólico que pragmático. Sin embargo, lo único que podemos interpretar en la actualidad son las fuentes textuales (tratados morales y/o legislativos) que nos han llegado desde la antigüedad, las cuales nos indican que los hombres helenos ejercían un gran control sobre las mujeres⁷. Por supuesto, esto no quiere decir que algunos maridos no fueran más laxos con sus esposas mientras sus actitudes no afectaran a su honorabilidad y estatus social.

2.3. Orientaciones sexuales

La orientación sexual hace referencia a la atracción sexual, romántica, emocional y/o afectiva hacia otros individuos. Hoy en día, distinguimos diferentes orientaciones sexuales como la heterosexualidad —atracción hacia las personas del género contrario—, la homosexualidad —atracción por las personas de tu mismo género— o la bisexualidad —atracción hacia los individuos de tu mismo género y otros—. Al igual que ocurre con el término de la identidad de género, el concepto de las orientaciones sexuales es sumamente actual, por lo que no existía en la Antigua Grecia —ni tan siquiera a nivel léxico—. “La antigüedad se nos presenta como un país extraño, donde categorías que hoy tenemos para definir la sexualidad no significan y donde las relaciones de tipo sexual, erótico y pasional se definen de formas totalmente diferentes” (Velásquez, 2018: 26) .

Para empezar, la autora clasicista Eva Cantarella defiende que en la Antigua Grecia no existió una homosexualidad de naturaleza marcada y definida puesto que al llegar a la edad adulta, todos los habitantes helenos debían contraer matrimonio con personas del género contrario

⁷ “Hay que acordarse, Antígona, que hemos nacido mujeres y que no podemos luchar contra hombres; además que estamos sujetas a gente más fuerte, y que hay que obedecer estos mandatos, y otros más duros todavía” (Sófocles, *Antígona*: 60-70).

y tener hijos (Cantarella, 1991). Además, la mayoría de los hombres casados solían mantener relaciones sexuales con sus esclavas o con prostitutas. Kenneth Dover, quien con su libro *Homosexualidad griega* se ha convertido en uno de los autores más importantes en este área temática, coincide con la opinión de Cantarella. Por lo tanto, cuando hablamos sobre este periodo histórico, lo más adecuado es mencionar posibles conductas bisexuales entre los pobladores griegos. Esta presunta bisexualidad era entendida, desarrollada y valorada de formas muy distintas por el género masculino y femenino.

2.3.1. Bisexualidad masculina

La bisexualidad masculina era entendida y respetada en un contexto muy específico durante la Antigua Grecia: la pederastia. Francisco Rodríguez Adrados explica que la institución de la pederastia existía en distintos lugares del mundo griego —Creta, Elide, Beocia, Mégara, Eretria y Atenas, sobre todo—, aunque con detalles y difusión social variables⁸ (Rodríguez, 1996: 52). En este contexto histórico, la pederastia era entendida como una institución con fines pedagógicos. Los ciudadanos griegos podían mantener relaciones sexuales con otros hombres mucho más jóvenes que ellos, siempre que lo hicieran con una finalidad de enseñanza y aprendizaje.

Las prácticas sexuales entre hombres formaban parte de la formación moral y cívica de los jóvenes, quienes aprendían del adulto las artes de la política y las virtudes del buen ciudadano (Sagrastani y Córdoba, 2010: 62). El joven, conocido como *erómenos* (amado), asumía un rol pasivo en la relación mientras que el varón adulto o *erastés* (amante), se comportaba de forma activa —en la *figura 1* (Sánchez, 2005: 91) podemos ver representada este tipo de relación—. Sin embargo, como señala Kenneth Dover, cuando ocurría un acercamiento sexual entre ambos, no se producía la penetración anal. El adulto se limitaba a restregar su miembro contra los muslos del joven, simulando la penetración. Esto sucedía porque en la Antigua Grecia la homosexualidad, relaciones sexuales entre hombres adultos

⁸ En Atenas sólo se daba entre la clase aristocrática, y en Jonia estaba prohibida (Platón, *El banquete*, 182 a-b).

con penetración anal, estaba mal vista⁹. De hecho, no había peores insultos en las comedias griegas que los de *kínaidos* (maricón) y *eurúpróktos* (culiancho) (Rodríguez, 1996: 85).



Figura 1: Interior de una copa ática de figuras rojas del pintor Brygos, 500-475 a.e.c., Oxford, Ashmolean Museum.

Algunas fuentes —como Estrabón en su obra *Geografía*—, hacen referencia a la acción que daba inicio a este tipo de relaciones entre hombres: el raptó. El hombre adulto o *erastés*, debía raptar al jóven, tras haber acordado previamente con los amigos del *erómenos* las condiciones de la acción, y llevarlo a un retiro en una zona rural donde ocurriría el proceso de educación. Una vez finalizado, el adulto debía otorgar tres regalos al jóven que simbolizarían su transición hacia la adultez: un equipo militar, haciendo referencia a su condición para servir como soldado, un buey, lo cual garantizaba su condición de sacrificante, y una copa, que significaba que ya podía participar en el *symposion* o banquete (Velásquez, 2018: 13).

⁹ Por esa razón, como cuenta Esquines en su discurso *Contra Timarco*, Solón prohibió en Atenas la prostitución masculina (Velásquez, 2018: 14).

Uno de los temas que más debate ha causado entre las personas que han investigado este tema es si, dejando a un lado la razón educativa, en las relaciones de pederastia podía llegar a existir un sentimiento romántico o deseo sexual entre los participantes. Muchos coinciden en que sí que podía llegar a producirse un sentimiento de amor y una atracción sexual entre el *erastés* y el *erómenos*¹⁰. De hecho, Platón así lo confirma:

“Por último, todos los que son sección de macho, persiguen a los machos y, mientras son muchachos, aman a los varones y se complacen en acostarse y en enlazarse con ellos; estos son precisamente los mejores entre los niños y los adolescentes, porque son en realidad los más viriles por naturaleza. Algunos en cambio, afirman que son unos desvergonzados. Se equivocan, pues no hacen esto por desvergüenza, sino por valentía, virilidad y hombría, porque sienten predilección por lo que es semejante a ellos. Y hay una gran prueba de que es así: cuando llegan al término de su desarrollo, son los de tal condición los únicos que resultan viriles en la política. Mas una vez que llegan a adultos, aman a su vez a los mancebos y, si piensan en casarse y tener hijos, no es por natural impulso, sino por obligación legal; les basta con pasarse la vida en mutua compañía sin contraer matrimonio. Y ciertamente el que es de tal índole se hace pederasta, amante de los mancebos, y filerasta, amigos del amante, porque siente apego a lo que le es connatural” (Platón, *El banquete*, II, 192 a-b).

Para los ciudadanos helenos, mientras que las mujeres eran seres inferiores a los hombres, los varones encarnaban los valores (estéticos, cívicos) y las virtudes ideales. Por esa razón, “no es de extrañar (...) que el amor romántico se reservara principalmente a los hombres entre sí, pues éstos eran los únicos capaces de poder comprender la complejidad del pensamiento racional masculino, bajo su punto de vista completamente sexista” (Molina, 2014: 7). Pero este eros siempre debe ser entendido dentro del contexto y de las normas de las relaciones pedagógicas de la pederastia, y nunca debe ser analizado desde la idea de las relaciones homosexuales actuales.

¹⁰ Catarella, 1991: 42; Sagistrani y Córdoba, 2010: 70; Velásquez, 2018: 15-16.

2.3.2. Bisexualidad femenina

En el caso de la bisexualidad femenina, apenas contamos con información sobre este tema. Como hemos mencionado anteriormente, las mujeres en la Antigua Grecia eran relegadas al ámbito privado de sus hogares, siendo excluidas de la vida política y social. En consecuencia, los asuntos que han concernido a las mujeres helenas han sido completamente ignorados e invisibilizados, especialmente los de carácter sexual. Por esa razón, apenas hemos podido encontrar fuentes de información primarias sobre la bisexualidad femenina.

Lo que sí sabemos con certeza es que las relaciones sexuales entre dos mujeres estaban muy mal valoradas en la Antigua Grecia. Bajo la perspectiva de los hombres griegos, las *tribades* —mujeres que se sentían atraídas por otras mujeres— constituían la versión negativa de la atracción entre iguales. En la *figura 2* (Sánchez, 2005: 87) podemos observar la única imagen del arte griego en la cual aparecen dos mujeres presuntamente en clave sexual. Para algunos autores (Dover, 2008: 180), esta imagen representa una masturbación de una mujer hacia otra. Sin embargo, otros investigadores (Sánchez, 2005: 88) apuntan que en esta escena no hay ningún elemento que haga referencia a una relación sexual, por lo que quizá podría tratarse más bien de alguna acción ritualística.

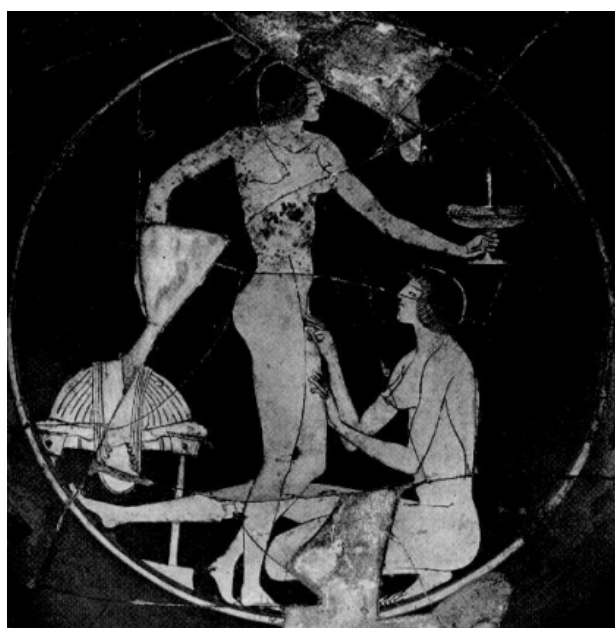


Figura 2: Interior de una copa ática de figuras rojas procedente de Tarquinia, 500 a.e.c. Tarquinia, Museo Arqueológico.

Sin duda alguna, la persona gracias a la cual hemos podido averiguar más información sobre esta temática es Safo de Mitilene. Safo fue una poetisa que nació y vivió en la isla griega de Lesbos, concretamente en la ciudad de Mitilene, durante el periodo arcaico. Safo, junto con otras muchachas de la zona, formaba parte de un grupo de mujeres (*thiasoi*) que se reunía y celebraba fiestas de culto en honor a las diosas griegas —como Afrodita o Hera— (Rodríguez, 1996: 107). Muchos de los poemas de esta poetisa giran en torno a las relaciones (románticas y sexuales) que mantenía con estas mujeres. Sin embargo, Safo también tenía otra vida aparte: estaba o había estado casa, tenía una hija y un hermano, y a todos ellos también les había dedicado sus poemas. Por estos motivos, Safo es reconocida en la actualidad como la primera mujerer bisexual reconocida.

En los poemas que Safo dedicaba a sus amantes femeninas, podían reconocerse claramente el eros y el deseo sexual que sentía por ellas: la poetisa habla acerca de que dormirá sobre el pecho de una amiga, también recuerda a otra compañera que ahora se encuentra lejos con la que daba salida a su deseo, incluso en un fragmento habla sobre un ólisbos o consolador. Por lo tanto, es innegable que Safo mantuvo relaciones románticas y sexuales con otras mujeres (Rodríguez, 1996: 108).

Para algunos autores, estos acercamientos podrían entenderse como la emulación femenina de la pederastia masculina: “Una cosa es clara: es aquí donde encontramos una relación homoerótica entre una mujer mayor y otra más joven, independiente de la relación matrimonial: exacto paralelo, para las mujeres, a lo que sucedía en otros lugares para los hombres” (Rodríguez, 1996: 106). En cambio, se ha demostrado que estas relaciones entre mujeres no partían explícitamente de una base pedagógica institucional: no cumplían una función social, como sí ocurría con la bisexualidad masculina.

La bisexualidad femenina no siempre se daba entre dos mujeres de distinta edad, a veces podía ocurrir entre la maestra del thiasoi y una discípula, y otras veces entre dos discípulas. “La homosexualidad femenina, ligada al período de la vida que marcaba el paso de la condición de virgen a la de mujer casada, carecía del valor pedagógico institucional que caracterizaba a la pederastía. A pesar de que el tránsito al estatus de esposa legítima era

valorado por las propias mujeres, su paso de la casa paterna a la del marido no modificaba su rol social de subordinación ni su función pasiva” (Sagrستاني y Córdoba, 2010: 66).

Por lo tanto, cabe la posibilidad de que en la sociedad helena las relaciones bisexuales femeninas ocurrieran en los *thiasoi*, durante el periodo de transición de su condición como vírgenes a su estatus de casadas, bajo la idea de un mutuo aprendizaje simétrico e igualitario entre mujeres. Aunque esta parece ser una de las teorías más plausibles, no podemos confirmar que esto fuera verdad debido a la poca cantidad de fuentes documentales que existen sobre esta temática.

2.4. Comportamientos y conductas sexuales

Cuando hablamos sobre los comportamientos y conductas sexuales, hacemos referencia al conjunto de actividades y prácticas sexuales que un individuo puede realizar consigo mismo o con otras personas. Las relaciones sexuales son sólo un componente de la sexualidad, pero un componente importante de la sexualidad madura (Della Mora, 2013: 25).

Antes de mantener relaciones sexuales —asociadas por supuesto a la penetración vaginal—, comunmente se dice que los individuos se mantienen en un estado de virginidad. Después, una vez cruzado este umbral, las personas pueden mantener relaciones sexuales con fines reproductivos o por simple placer. Como veremos a continuación, en la Antigua Grecia las relaciones sexuales se mantenían por estos mismos motivos, pero el placer únicamente era reservado para el hombre.

2.4.1. Virginidad

Como hemos mencionado, el término virginidad hace referencia a la situación en la que se encuentran los individuos antes de mantener relaciones sexuales. En la actualidad, al ser un concepto sumamente patriarcal asociado a ciertas cuestiones morales y religiosas, el estado

de virginidad se mide en torno a la penetración vaginal y a la supuesta ruptura del himen¹¹, sin tener en cuenta cualquier otro tipo de conductas sexuales. Sin embargo, en la Antigua Grecia la virginidad era entendida y valorada de un modo distinto.

Para empezar, como explica Foucault en su obra *Historia de la Sexualidad. La inquietud del sí*, aunque no se contemplaba una edad exacta para que los jóvenes griegos se iniciaran en el acto sexual, sí que existía la creencia de que las relaciones sexuales prematuras detenían el crecimiento y perturbaban el desarrollo de los signos de pubertad¹². En cambio, en el caso de las mujeres esto era diferente, puesto que al casarse tan jóvenes —entre los catorce y los dieciséis años aproximadamente—, muchas de ellas debían tener sexo a una edad muy temprana, poco después de que se les regulara la menstruación (Foucault, 1976: 122-123).

Después, para los antiguos habitantes griegos la virginidad —asociada principalmente al género femenino— era entendida como una de las etapas de la vida de las mujeres, dándose por finalizada con el casamiento y la posterior reproducción de los cónyuges. Este debía ser necesariamente un fenómeno temporal, puesto que para los griegos el celibato no era positivo ni estaba bien visto, ya que no permitía el nacimiento de nuevos ciudadanos. Además, algunos médicos como Hipócrates pensaban que la histeria (*hysteron*, útero) podía darse en muchas *parthénos* (vírgenes) permanentes. A su parecer, fruto de una insuficiente apertura vaginal, se producía una concentración excesiva de sangre en el cuerpo. Esto podía provocar locura, intentos de ahorcamiento, etc. Para evitar esto, Hipócrates recomendaba un matrimonio y un embarazo rápido (González, 2020: 242).

Por otro lado, la virginidad también era un concepto social ligado a la honorabilidad de la mujer, puesto que esta debía mantenerse “pura” —al menos de cara a la sociedad— hasta contraer matrimonio. Una joven *parthenoi* que no fuera socialmente reconocida como tal, resultaba poco atractiva en un acuerdo matrimonial. Por lo tanto, este estado de castidad no

¹¹ “En la sociedad norteamericana, lo mismo que en otras, está muy arraigada la creencia de que la virginidad puede probarse por el dolor y el sangrado que ocurren durante el primer coito o “desfloración” (Baur y Crooks, 2009: 94).

¹² “Nada traba tanto los progresos del alma y del cuerpo como un uso prematuro y excesivo de las relaciones sexuales” (Ateneo, en Oribasio, *Livres incertains*, XXI).

era motivado por el seguimiento de unos valores morales —como en muchas otras culturas y religiones—, sino que estaba destinado a salvaguardar el honor de la joven mujer y de su familia. Por esa razón, las mujeres helenas limitaban extremadamente sus salidas del *oikos* y el contacto con los hombres.

En la legislación ateniense del periodo clásico, si un hombre seducía a una *parthénos* —al igual que si cometía adulterio— estaba cometiendo un delito y era juzgado como *moicheia*. Si el hombre era sorprendido en pleno acto sexual con una *parthenoi*, estaba permitido que el varón que le sorprendiera acabara con su vida. Sin embargo, en los casos en los que no eran pillados in fraganti, el *moichós* podía recibir castigos más leves: como realizar ciertas acciones feminizantes —por ejemplo la depilación con ceniza caliente o la penetración anal con un rábano— y así, a su modo de ver, ridiculizarlos, o efectuar un pago al *kúrios* (señor) ofendido. Las *parthénos* que fueran descubiertas manteniendo relaciones sexuales, serían vistas como *pseudoparthénos*, pudiendo esto acarrear incluso la pena de muerte¹³, aunque generalmente se optaba por el repudio social.

Pero en la mayoría de las ocasiones, si la familia de la *parthenoi* descubría que esta había mantenido relaciones sexuales prematrimoniales, trataban de encubrir la acción para que su honor no se pusiera en entredicho. Si finalmente esta información salía a la luz, siempre que se pudiera —porque ambos fueran solteros o él tuviera la opción de divorciarse— el padre de la *parthenoi* solía intentar casar a su hija con el *moichós*, puesto que sino le resultaría complicado encontrar un marido para ella (González, 2020: 243).

2.4.2. Reproducción

La reproducción tenía una gran importancia en la sociedad helena porque era el único modo que tenían de asegurar futuros nuevos ciudadanos para la polis. Ahora bien, la reproducción legítima siempre debía ocurrir dentro de la institución del matrimonio¹⁴, por lo que estaba

¹³ David Cohen sugiere que el asesinato era raro durante la época clásica (1991: 98-132).

¹⁴ Sólo los hijos legítimos eran inscritos como tales en la fraternidad (Rodríguez, 1996: 70).

reservada para los cónyuges y se distinguía completamente de los actos sexuales por placer —los cuales eran realizados por los hombres fuera de las relaciones matrimoniales—.

En la Antigua Grecia, el matrimonio era una institución social al servicio de la familia y de la procreación de los hijos legítimos. No obstante, este tenía funciones distintas según la clase social a la que pertenecieran los contrayentes. Entre las clases bajas, el matrimonio se podía producir por diversos factores como el apego, el sexo, la generación de descendencia o el apoyo económico. En cambio, entre las clases altas el matrimonio también constituía una alianza entre familias, por lo que los cónyuges no tenían ningún poder de decisión en torno a su casamiento. Independientemente de que se celebrara cualquier ceremonia nupcial, el matrimonio se hacía efectivo una vez las familias llegaban a un acuerdo y estipulaban la dote de la esposa¹⁵ y las herencias de ambos.

La institución del matrimonio funcionaba de un modo diferente para cada género. Por un lado, los hombres ya se hallaban en su plena edad adulta —rondando los treinta años— al casarse, por lo que los varones pertenecientes a las familias autóctonas de las polis ejercían como ciudadanos. De esta manera, el matrimonio les aseguraba una sucesión generacional, asumiendo ellos ahora la dirección del *oikos* paterno —con la correspondiente herencia que ello conllevaba— y una futura descendencia para su familia y especialmente para la polis¹⁶. Por otro lado, para las mujeres el matrimonio llegaba durante la adolescencia —en torno a los catorce o dieciséis años—, cuando todavía eran vistas como “castas” y fértiles. De un momento a otro, estas mujeres pasaban de ser adolescentes y convivir con sus familias, a convertirse en adultas y cohabitar con un hombre que les doblaba la edad. Encima, sin tener ningún tipo de experiencia sexual, estas jóvenes debían acostarse con sus maridos —la

¹⁵ La esposa estaba obligada a aportar una dote a su marido cuya cuantía variaba según el estatus social de su familia.

¹⁶ Cuando en una familia no había hijos varones, la obligación de perpetuar el *oikos* recaía en alguna hija, la cual era conocida como *epikleros* —lo que podría traducirse como vinculada a la finca familiar—. De esta manera, para mantener el linaje, la *epikleros* estaba obligada a casarse con el pariente varón más cercano a su padre que estuviera en edad de procrear. Este normalmente era algún tío o primo. Además, los hombres adultos que no tuvieran hijos o hijas debían adoptar a algún pariente varón para que su linaje no se extinguiera (Pomeroy et al., 2011: 267).

mayoría de ellos sexualmente experimentados— con el único fin de procrear. Así pues, para las mujeres el matrimonio era considerado como una especie de rito de iniciación a la edad adulta.

Tras el casamiento, la mujer pasaba a depender política, económica, social y jurídicamente de su marido. Por lo tanto, la relación entre ambas partes no era para nada igualitaria: la mujer era una subordinada del marido. Además, en los matrimonios griegos regía una doble moral sexual: mientras que el marido tenía permitido mantener relaciones sexuales extramatrimoniales —siempre y cuando no se cometieran con una mujer que dependiera de otro *kúrios* (Rodríguez, 1996: 70), con otro varón adulto o con un prostituto—, para la mujer estaba terminantemente prohibido —de nuevo, al menos de cara a la sociedad¹⁷— y suponía su repudia social. En un instante en el que no existía ningún tipo de prueba para asegurar la paternidad, los griegos determinaban la legitimidad de los hijos según la honorabilidad de la mujer. Si la esposa cometía adulterio o era vista públicamente con otros hombres, su honor se veía mancillado y la paternidad de su marido quedaba en entredicho. Ante esta situación, el marido —solo él— podía solicitar el divorcio. Por estos motivos, las mujeres debían evitar salir de casa y ser vistas con otros hombres.

2.4.3. Placer

Como hemos mencionado anteriormente, en la sociedad helena existía una clara distinción entre el sexo por motivos reproductivos —contemplado dentro del matrimonio— y las conductas sexuales por mero placer, las cuales estaban reservadas para el hombre fuera de la institución matrimonial.

En este tipo de relaciones, el varón heleno siempre asume un rol activo —el que da placer— mientras que sus amantes (prostitutas, esclavas, muchachos) se comportan de forma pasiva —el que recibe placer—. Así pues, igual que ocurre en el resto de ámbitos sociales, en las relaciones sexuales existe una especie de jerarquía de poder en la que el hombre griego se

¹⁷ Algunos autores defienden (Cohen, 1991: 133- 170; González, 2020: 243) que en la vida cotidiana estas normas serían bastante más laxas siempre y cuando no se dañara el honor del hombre.

impone por encima del resto. En la *figura 3* (Sánchez, 2005: 121) esto aparece representado. Mientras que el hombre se preocupa únicamente de dar placer, la mujer se ve obligada a mantener una postura sumamente incómoda para que el *erastes* pueda disfrutar. Es decir, en el sexo igual que en la vida, el varón hace alarde de su poder y superioridad mientras que los demás deben someterse a él¹⁸. Según Francisco Lisi Bereterbide, el hecho de ser ciudadano confiere al hombre una preeminencia sexual (Lisi, 2006: 2).

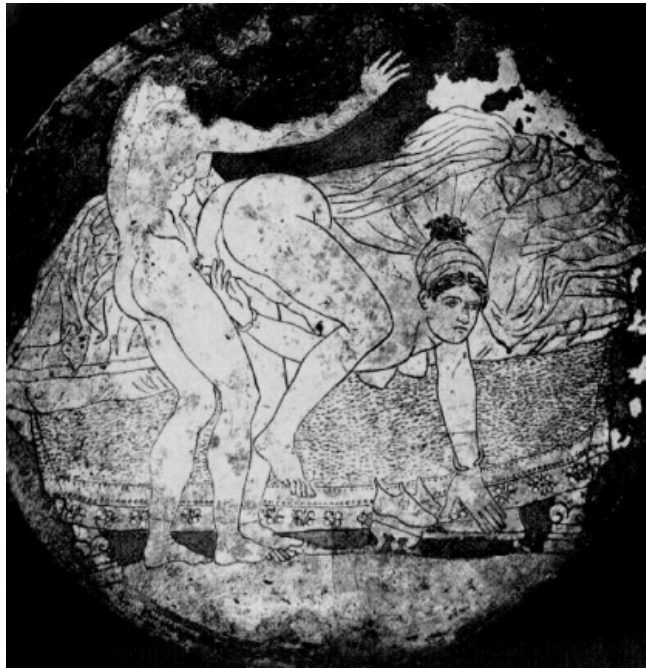


Figura 3: Espejo de bronce procedente de Corinto, mediados del siglo IV a.e.c., Boston, Museum of Fine Arts.

En este tipo de relaciones sexuales por placer, los antiguos griegos solían utilizar diversos métodos anticonceptivos para que la mujer no se llegara a quedar embarazada. Muchos de ellos se basaban simplemente en creencias populares, como la de llevar el hígado de un gato en una bolsita atada al pie izquierdo a modo de amuleto, o dar giros después de cada regla alrededor de un garbanzo de Cirene puesto en un plato de agua (Eslava, 1997: 196). Sin

¹⁸ “Ser hombre significa mantener el rol respecto a las mujeres; no serlo, ser dominado por estas, implica la pérdida de la condición de varón, la feminización simbólica, [...] la pérdida ante sí mismo y la sociedad [...] de la masculinidad” (Wulff, 1997: 63).

embargo, también utilizaban otras técnicas mecánicas¹⁹ y naturales²⁰. Aun así, si ocurría algún embarazo que no fuera deseado, las mujeres griegas tenían permitido abortar siempre que tuvieran el permiso del hombre del que dependían. Para ello, los helenos utilizaban diferentes métodos físicos —como hacer largas caminatas o viajes con mucho traqueteo—, sustancias abortivas naturales y minerales (ruca, perejil, azufre, sulfato de cobre, etc) e incluso recurrían a ciertos remedios quirúrgicos practicados por médicos o aborteras con agujas de bronce.

Entre las prácticas sexuales de los antiguos griegos podemos encontrar diversos modos de dar y recibir placer. Para empezar, entre los pobladores helenos era habitual la práctica de la masturbación o *kheïromanía* (pasión con la mano). Esta era una práctica común y natural que actuaba como válvula de escape para los hombres. En el caso de las mujeres, existen muy pocas referencias sobre su masturbación. El médico griego Galeno recomendaba la masturbación femenina para tratar la histeria, pero esto únicamente tenía fines terapéuticos (González, 2020: 242). También es sabido que, principalmente en el ambiente de las hetairas o en las relaciones sexuales entre dos mujeres (*tribades*) —como hemos podido ver en el caso de Safo—, en ocasiones eran utilizados los *ólisbos* (consoladores) para que las mujeres pudieran darse placer. Esta práctica puede verse reflejada en la *figura 4* (Sánchez, 2005: 86). Sin embargo, en general esta práctica no era demasiado común ni estaba bien vista. Prueba de ello es la frase escrita por Luciano en uno de los pasajes de su *Erotes*: “vergonzoso artefacto, la monstruosa imitación ideada para el amor estéril, que permite a una mujer abrazar a otra como lo haría un hombre”.

¹⁹ Sorano de Efeso, en su *Tratado de ginecología*, propone el siguiente procedimiento anticonceptivo: “La mujer debe contener la respiración y retraerse ligeramente en el momento del cóito. En cuanto acabe debe levantarse y acucillarse para provocar un estornudo y limpiarse cuidadosamente o beber agua fría”.

²⁰ Aristóteles, en su obra *Historia de los animales*, menciona un método anticonceptivo natural compuesto por aceite de cedro, albayalde e incienso.

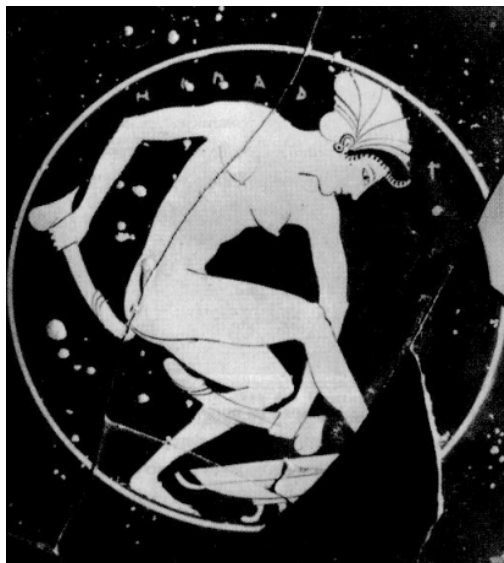


Figura 4: Interior de una copa ática de figuras rojas de Epiktetos, principios del siglo V a.e.c., San Petersburgo, Museo del Ermitage.

Después, en lo que a las relaciones en pareja se refieren, como hemos mencionado siempre seguían la misma dinámica: sujeto activo y sujeto pasivo. Dentro de estos límites, los griegos solían copular de diversas formas. Juan Eslava Galán explica en su obra *Amor y sexo en la Antigua Grecia* que el *Kamasutra* griego establecía hasta doce posiciones copulatorias fundamentales, siendo la más común de ellas la postura del “misionero”²¹ (Eslava, 1997: 209). En muchas ocasiones, los antiguos griegos utilizaban el aceite de oliva como lubricante sexual. Como hemos mencionado, estas relaciones sexuales placenteras ocurrían fuera de la institución del matrimonio y estaban vedadas para las mujeres, pudiendo acarrear duras consecuencias jurídicas para los hombres con los que se acostaran, y un gran repudio social para ellas. Pero, como hemos aclarado anteriormente, esto no significa que en ocasiones ciertas mujeres casadas no mantuvieran relaciones sexuales con otros hombres o mujeres.

Prostitución

Sin duda alguna, en la sociedad de la Antigua Grecia la mayor institución asociada al placer era la prostitución. La prostitución femenina, al contrario que la masculina, era socialmente

²¹ Aunque la postura del misionero era la posición copulatoria más común en la Antigua Grecia, esta apenas era representada en su arte puesto que desde un punto de vista erótico-pictórico no era demasiado atrayente (Sánchez, 2005: 117).

aceptada por los helenos puesto que ayudaba a que los hombres se pudieran “liberar” sexualmente. Además, como cualquier otra actividad municipal, la prostitución generaba impuestos, por lo que también resultaba beneficiosa para la economía de la polis. Según decía Demostenes, “tenemos las heteras para el placer; las concubinas para el uso diario y las esposas de nuestra misma clase para criar a los hijos y cuidar la casa” (Demostenes, *Contra Neera*, 122).

En las polis griegas existían prostitutas de categorías y naturalezas muy diferentes. Por un lado, en el escalafón más bajo podemos distinguir a las *pornai*, las cuales generalmente solían ejercer en las zonas portuarias o en los lugares más pobres de la ciudad. Las *pornai* acostumbraban a ser esclavas obligadas a prostituirse por parte de sus amos/proxenetas por precios bastante bajos. En estos casos, las mujeres apenas tenían ningún tipo de autonomía o poder de decisión, por lo que eran tratadas como meras mercancías.

Por otro lado, el estatus más alto lo tenían las *hetairas* o heteras. Más que como prostitutas eran vistas como amantes. Por ese motivo, este grupo de mujeres era sin duda alguna el más respetado por los hombres, así que contaban con una mayor autonomía y emancipación. Las *hetairas* eran mujeres libres que por su propia voluntad habían decidido ejercer la prostitución, por lo que aún teniendo que necesitar la tutela de un hombre, no pertenecían a un proxeneta que se quedaba con su dinero. De esta manera, las *hetairas* podían gozar de una buena posición económica e influencia social. En la mayoría de ocasiones, su labor consistía en hacer compañía a los hombres —principalmente en los banquetes—, bien fuera amenizando la velada con música o manteniendo relaciones sexuales con ellos. En la *figura 5* (Sánchez, 2005: 109) podemos observar a una de estas mujeres manteniendo relaciones sexuales con dos hombres en un banquete. Estas eran mujeres refinadas y cultas que recibían una buena educación artística (danza, música) para que los hombres pudieran disfrutar de su presencia tanto física como intelectualmente. Una de las *hetairas* más conocidas de la Antigua Grecia fue Aspasia, la amante de Pericles (Molina, 2014: 11).

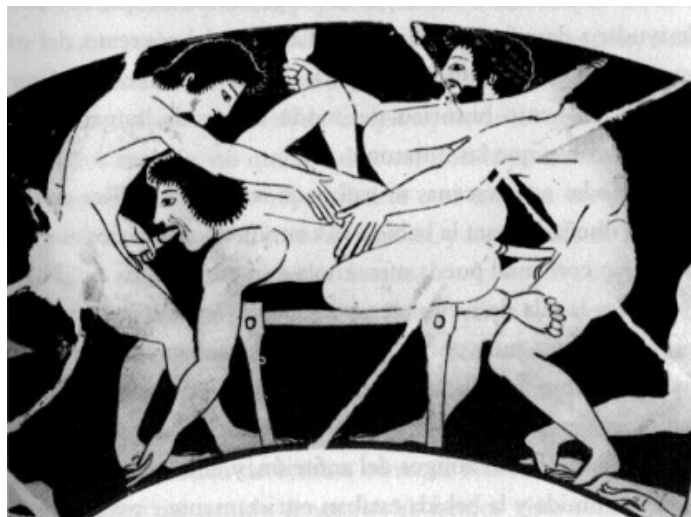


Figura 5: Detalle del exterior de una copa ática de figuras rojas del pintor Pedeio, finales del siglo VI a.e.c., París, Museo del Louvre.

Pero, como hemos mencionado anteriormente, aunque la prostitución femenina estaba bien vista y era una institución respetada en la sociedad helena, la prostitución masculina no. Por supuesto, esto se debe a que la homosexualidad masculina, relaciones sexuales entre dos varones adultos, era repudiada. Como el hombre era el modelo ideal en la Antigua Grecia, era deshonroso que asumiera el mismo rol sexual pasivo que la mujer —salvo en el contexto específico de la pederastia—, por lo que la homosexualidad estaba muy mal vista en las polis griegas. De esta manera, para que los hombres adultos no pudieran mantener relaciones sexuales entre ellos, en algunas ciudades como Atenas quedaba prohibido por ley que los varones ejercieran la prostitución: “Según la ley que Esquines describe (...), un ciudadano que fuera *peporneuménos* o *hetairekos* quedaba privado del ejercicio de sus derechos cívicos: Porque el legislador consideró que aquel que hubiese vendido su cuerpo a otros para que lo usaran como les plugiera no dudaría en vender también los intereses comunes de la ciudad” (Dover, 2008: 51). En la *figura 6* (Sánchez, 2005: 94), podemos distinguir la única escena hallada en el arte griego en la que se representa un prostíbulo masculino.



Figura 6: Vaso de pinturas rojas del pintor del Dinos, 450-425 a.e.c., Londres, British Museum.

Por otro lado, apenas existen testimonios sobre prostitutas manteniendo relaciones sexuales con mujeres en la Antigua Grecia. Probablemente esto se deba a que de cara a la sociedad, las mujeres helenas debían mostrarse como personas fieles a sus maridos, por lo que no podían mantener ningún tipo de acercamiento sexual hacia otros hombres. Además, los antiguos griegos no contemplaban que las mujeres pudieran mantener relaciones sexuales por puro placer, por lo tanto el sexo con un prostituto estaría muy mal visto para ellas. Una vez más, esto no quiere decir que no hubiera mujeres que mantuvieran relaciones sexuales extramatrimoniales, también con prostitutas²², sino que al ser un tema que estaba mal visto en la sociedad griega no tenemos demasiadas constancias de ello.

2.5. Sexualidad y cultura

La cultura de la Antigua Grecia tuvo una gran importancia e influencia en el desarrollo de las antiguas sociedades mediterráneas —especialmente en la sociedad romana—. La cultura hace referencia al conjunto de modos de vida, costumbres, conocimientos y grado de desarrollo artístico, científico e industrial de un periodo histórico o un grupo social (RAE, 2021). Así pues, como la sexualidad es un aspecto central del ser humano que está presente a lo largo de toda su vida, queremos comprobar cómo queda representado este tema en la

²² En la comedia *Pluto* de Aristófanes, este menciona a un joven que mantenía una relación con una mujer adulta a cambio de dinero, comida y ropa (versos 959-1096).

cultura griega de los periodos arcaico, clásico y helenístico a través de su elemento cultural más reconocido: los mitos.

2.5.1. La sexualidad en los mitos griegos

“El mito es un relato, una narración, que puede contener elementos simbólicos, pero que, frente a los símbolos o a las imágenes de carácter puntual, se caracteriza por presentar una historia. Este relato viene de tiempos atrás y es conocido (...), aceptado y transmitido de generación en generación”. Además, “el relato mítico tiene un carácter dramático y ejemplar. Se trata siempre de acciones de excepcional interés para la comunidad, porque explican aspectos importantes de la vida social mediante la narración de cómo se produjeron por primera vez tales o cuales hechos” (García, 2013: 3). El término mitología (*mythos* y *logos*) tiene dos acepciones distintas: colección de mitos, o explicación/estudio de los mitos.

En los mitos griegos podemos encontrar un gran número de deidades —seres primigenios cuyas acciones dan lugar al mundo y a la vida—, personajes míticos extraordinarios, héroes e incluso humanos. A través de sus vivencias e historias fantásticas, los antiguos griegos daban respuesta a todos los grandes acontecimientos del universo —creación del cosmos y de los cuerpos astronómicos— y de la vida humana —el nacimiento, la lucha, el triunfo, la derrota, el amor, la muerte, etcétera—.

En la Antigua Grecia, en un principio los mitos fueron transmitiéndose de una generación a otra mediante la tradición oral. Sin embargo, fueron los poetas quienes se encargaron de recoger esas historias y transmitir las en sus obras. Dos de los poetas más importantes y reconocidos fueron Homero y Hesíodo.

Representación masculina y femenina

Como hemos mencionado, los mitos griegos explicaban e ilustraban el mundo mediante la narración de sucesos maravillosos y ejemplares. Por lo tanto, por medio de estas historias podemos observar cómo eran entendidos diversos temas o elementos en la sociedad griega, como por ejemplo la división del género.

Sabemos que la sociedad de la Antigua Grecia era sumamente patriarcal —por supuesto, según los parámetros de medida actuales—, y esto puede verse perfectamente reflejado en los mitos griegos. Para empezar, vamos a fijarnos en los dioses del Olimpo²³. Lo cierto es que existe una clara distinción de género entre los comportamientos, las actitudes, las labores y las competencias de las deidades masculinas y femeninas. En rasgos generales, los dioses masculinos tenían la potestad sobre los elementos asociados a la masculinidad: Zeus era visto como el padre o el gobernador de los dioses, del cielo y del trueno; Poseidón era el señor de los mares; Hades era el dios del inframundo y la muerte; Ares era el dios de la guerra, la fuerza y la virilidad; Dionisio era el dios del vino y las celebraciones; Apolo era el dios de la música, la adivinación y el arco; Hermes era el mensajero de los dioses y el dios del comercio y, Hefesto era el herrero y artesano del Olimpo.

En cambio, las deidades femeninas se ocupaban de asuntos relacionados con la feminidad: Hera era la diosa del matrimonio y de la familia; Afrodita era la diosa del amor, la belleza y el deseo; Demeter era la diosa de la fertilidad, agricultura y la naturaleza, y Hestia era la diosa del hogar y del correcto orden doméstico. Sin duda alguna, el caso más representativo de la situación de las mujeres en la Antigua Grecia es el de Hera. Aun siendo una de las diosas más importantes del Olimpo, en muchas ocasiones Hera ha sido vista únicamente como la mujer de Zeus: “Hera personificaría a la mujer aristocrática griega que tendría que contentarse con su posición social y no esperar mucho más de un marido capaz de mantener todos las aventuras amorosas que considerara oportunas. Hay que resaltar que a la diosa no se le atribuyen aventuras románticas de ningún tipo” (Molina, 2014: 13).

Pero entre las deidades femeninas podemos encontrar dos excepciones a esta regla: Atenea y Artemisa. Mientras que Atenea era la diosa de la sabiduría, la artesanía, la defensa y la guerra estratégica, Artemisa era la de la caza, la virginidad, el parto, el tiro con arco y los animales. Muchas de sus competencias eran cualidades asociadas a la masculinidad en la

²³ Generalmente Zeus, Hera, Poseidón, Afrodita, Ares, Atenea, Hermes, Artemisa, Apolo y Hefesto, son reconocidos como dioses olímpicos. Sin embargo, Hestia, Dionisio, Deméter, Hades, Perséfone, Asclepio, Hebe, Eros, Pan y Heracles —después de ser divinizado—, son los dioses variables que en determinados momentos o contextos eran considerados miembros del Olimpo.

sociedad helena. Aunque por otro lado, es cierto que ambas contaban con diversos atributos que las diferenciaban de las deidades masculinas: Atenea se encargaba de la parte más intelectual del conflicto bélico, y Artemisa también era la diosa de las parturientas. Además, una de las características más importantes que ambas compartían es que, a diferencia del resto de deidades, las dos eran diosas vírgenes. Esto nos da a entender que, para que las mujeres pudieran llevar una vida activa equiparable a la del hombre, debían desprenderse de su sexualidad. Según la mentalidad de la sociedad griega, esta sería la única manera en la que el resto de sus compañeros varones podrían verlas como iguales sin poder sexualizarlas en ningún momento.

Fuera del panteón olímpico, se pueden observar diferentes seres fabulosos o míticos de género femenino que atemorizaban a los hombres. Estos monstruos tenían un aspecto físico ambiguo: mitad animal no humano, mitad mujer. Entre estas criaturas fantásticas podemos encontrar a las arpías, las sirenas, las gorgonas, las lamías, la esfinge, etcétera. Uno de los rasgos que la mayoría tienen en común es que aparentemente son sumamente hermosas, por lo que resultan irresistibles para los hombres. Sin embargo, después de captar su atención mediante engaños, estas mujeres se convierten en seres voraces y letales. El hecho de que estas criaturas tuvieran elementos físicos asociados al género femenino nos muestra que en la Antigua Grecia, las mujeres eran vistas como individuos seductores que se dejan llevar por sus instintos más primarios (Molina, 2014: 16).

Si nos centramos específicamente en el contexto de la sexualidad y el amor, observamos que en muchas ocasiones los hombres tratan a las mujeres en los mitos como a objetos sobre los cuales pueden tener el control y potestad. Los dioses “conquistan” a las mujeres mediante engaños —Zeus se convierte en cisne, en toro e incluso en lluvia de oro para poseerlas— o raptos —Zeus a Europa, Hades a Perséfone—. En el caso de los mortales, las mujeres aparecen representadas muchas veces como premios/botines que logran los héroes por haberlas liberado de algún mal —así fue como Perseo conquistó a Andrómeda—.

La bisexualidad

El tema de la bisexualidad se puede observar en ciertas ocasiones en la mitología griega. Por supuesto, prácticamente todas las referencias que se hacen a la bisexualidad en los mitos están asociadas al género masculino. En todas ellas, los dioses o héroes —considerados ya como hombres adultos— se convertían en “amantes” de muchachos jóvenes, perpetuando así los roles jerárquicos de la pederastia griega. Este tipo de relaciones se pueden ver en las historias de Apolo y Jacinto, Poseidón y Pélope o Layo y Crisipio. Además, en muchas ocasiones estos acercamientos entre el hombre y el muchacho se producían a través de un rapto, como ocurre en la conocida historia de Zeus y Ganímedes²⁴. En los *Himnos Homéricos* —asociados popularmente al poeta griego Homero pero cuya autoría es dudosa—, se nos cuenta la historia de su rapto de la siguiente manera:

“Así el pródigo Zeus robó al rubio Ganímedes por su belleza, para que estuviera entre los inmortales y en la morada de Zeus escanciara a los dioses, ¡cosa admirable de ver!; y ahora, honrado por todos los inmortales, saca el dulce néctar de una crátera de oro” (Velásquez, 2018: 10-11).

En cambio, apenas tenemos referencias mitológicas sobre la bisexualidad femenina. Como hemos podido observar hasta el momento, la bisexualidad femenina era vista por los griegos como la versión negativa de la atracción entre las personas del mismo género. Por esa razón, apenas tenemos información sobre este tipo de relaciones. Así pues, si la mitología griega representaba el pensamiento de la sociedad helena, es lógico que en este contexto la bisexualidad femenina también fuera un tema tabú. Una de las únicas relaciones que podríamos llegar a decir que referencian a la bisexualidad femenina es la ocurrida entre Calisto y Zeus. Calisto era una de las ninfas más bellas que acompañaban a la diosa Artemisa. Zeus, que quiso seducir a la joven, decidió convertirse en Artemisa para lograr su cometido. Calisto no pudo resistirse y, aun siendo virgen como el resto de acompañantes de la diosa, cayó en sus brazos. De esta manera, podríamos decir que Calisto podría ser bisexual puesto que solo se acostó con Zeus porque pensaba que este era Artemisa.

²⁴ La historia de Zeus y Ganímedes ha pasado a la posteridad como la historia más representativa de la bisexualidad en la Antigua Grecia. De esta manera, a lo largo de la historia se han realizado un gran número de representaciones de esta aventura en el arte pictórico (Velásquez, 2018: 11).

Comportamientos y conductas sexuales

En la mitología griega, las dos deidades principales²⁵ asociadas a los comportamientos y las conductas sociales son Afrodita —diosa del amor, la belleza y el deseo— y Eros —dios de la atracción sexual y la belleza—. En los mitos griegos, Afrodita se nos muestra como una mujer sumamente bella capaz de enamorar y liberar el amor, la pasión y el deseo entre otros individuos gracias a su mágico cinturón. Como podemos apreciar en la *figura 7* (Sánchez, 2005: 28), Afrodita fue la única mujer representada desnuda en el arte griego —fuera del ámbito sexual donde las prostitutas y *hetairas* sí solían mostrarse de esta manera—. Aunque estaba casada con Hefesto, Afrodita le fue infiel con un gran número de deidades y humanos. Para algunos mitógrafos, de la relación entre Afrodita y Ares nació Eros. En las épocas arcaica, clásica y helenística es un dios que prácticamente carece de mitos²⁶, salvo si se encuentra en el momento de enamorar a alguien.

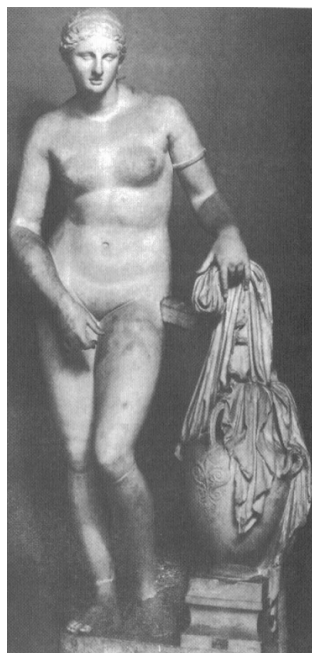


Figura 7: *Afrodita Cnidia*, copia romana de la obra original de Praxíteles, 330-320 a.e.c. Ciudad del Vaticano, Museos Vaticanos.

²⁵ En ocasiones, algunos autores también hacen referencias a Dionisio en el contexto erótico-amoroso.

²⁶ En muchas ocasiones resulta complicado para los historiadores distinguir entre el dios Eros y el eros asociado con el deseo o amor.

Si nos centramos en los comportamientos sexuales de los individuos podemos observar que, al igual que ocurre en la sociedad helena, en la mitología griega existe una clara distinción entre ambos géneros en este aspecto. En muchas ocasiones, en la mitología griega las mujeres aparecen representadas como seres bellos y seductores que mediante sus palabras y acciones engañosas terminan atrayendo a los hombres, que no se pueden resistir a sus encantos. Así se suelen mostrar principalmente a las mujeres adúlteras —como Aéroepe o Clitemestra entre muchas otras—, haciendo referencia a que estos comportamientos son completamente negativos e inapropiados para una fémina. Sin embargo, también podemos observar otro tipo de comportamiento sexual femenino en los mitos griegos: el de la mujer joven (generalmente) e inocente que es raptada y/o poseída por un varón por el único deseo del hombre.

En este tipo de relatos, los hombres (dioses y humanos) suelen poseer a las mujeres sin que deba haber un acto de seducción o cortejo por su parte. Estos conquistan a sus amantes a través del engaño —por ejemplo Zeus que se convierte en diversas personas y animales para acostarse con ellos—, por rescatarlas o liberarlas de algún mal —sirviendo así las mujeres a modo de recompensa— o simplemente a través de un acto de fuerza como el rapto: “El rapto dentro de la mitología grecolatina se repite en incontables ocasiones, siendo mayoritariamente llevado a cabo en contra de hermosas y desvalidas jóvenes, que se encuentran demasiado ensimismadas en sus quehaceres mitológicos (dándose baños, jugueteando con sus compañeras ninfas...) o son engañadas estratégicamente por una deidad mayor (como es el caso de Europa o Leda) ejercer forzosamente de compañeras o para mantener relaciones sexuales en contra de su voluntad. Podemos concluir la voluntad de la mujer para obtener cualquier tipo de favor o decisión que concierna a su propia vida, era obviada completamente, pudiendo ser forzada a ser entregada en matrimonio en contra de su voluntad o a mantener relaciones sexuales sin tener capacidad de oponerse” (Molina, 2014: 13-14).

Por lo tanto, mientras que en el ámbito sexual las mujeres eran representadas como esposas infieles, criaturas seductoras —en un sentido negativo—, y jóvenes inocentes a las cuales los hombres podían poseer, los varones eran mostrados como individuos que tenían el derecho de conquistar a cualquier amante mediante el uso de engaños o la propia fuerza.

3. Conclusiones

Tras haber analizado cómo era entendida, vivida y desarrollada socialmente la sexualidad en la Antigua Grecia —desde una perspectiva de género— durante las épocas arcaica (776-490 a.e.c.), clásica (490-323 a.e.c.) y helenística (323-146 a.e.c.), podemos extraer varias conclusiones sobre la investigación.

Para empezar, en la Antigua Grecia existía una clara diferenciación entre hombres y mujeres. Esta era una sociedad binaria en la que los hombres gozaban de mayores privilegios que las mujeres. Mientras que ellos estaban asociados a la vida pública y —dependiendo de su procedencia y clase social— eran considerados como ciudadanos de pleno derecho de la polis, ellas eran marginadas del panorama político y relegadas al ámbito privado. Además, durante toda su vida las mujeres griegas debían depender económica, política y socialmente de un hombre para poder desarrollarse en la sociedad. Todos estos comportamientos se basaban en la creencia de que las mujeres eran seres inferiores por naturaleza, por lo que debían desempeñar un papel social diferente al de los hombres. De esta manera, mientras que el hombre era observado como el centro de todas las cosas (antropocentrismo), la mujer era discriminada y relegada únicamente al contexto reproductivo y al cuidado del hogar. Por tanto, podemos decir que esta era una sociedad patriarcal —desde la perspectiva actual— dividida de una forma binaria —aunque no bajo la concepción del género actual— en la que la mujer quedaba subordinada frente al hombre. Por supuesto, estas relaciones jerárquicas de poder eran trasladadas al ámbito de la sexualidad.

En lo que respecta al ámbito sexual, podemos ver claras diferencias entre las conductas sexuales de las mujeres y de los hombres griegos. Por un lado, las mujeres helenas debían mantenerse vírgenes hasta el matrimonio para que su honorabilidad quedara intacta. Después de casarse, únicamente podían mantener relaciones sexuales con una finalidad reproductiva con sus maridos. Esto tenía el objetivo de que la legitimidad de sus hijos no se pusiera en entredicho porque en este contexto, la labor de las mujeres era la de proporcionar futuros ciudadanos para su familia y la polis. Por esa razón, los hombres debían ejercer un gran control sobre sus esposas permitiendo que salieran de sus hogares lo menos

posible. De este modo, el placer sexual quedaba excluido para las féminas, lo cual no quiere decir que en la cotidianeidad algunas mujeres no mantuvieran relaciones sexuales con otros hombres o incluso mujeres sin que esta cuestión saliera a la luz.

Por otro lado, los hombres podían mantener relaciones sexuales extramatrimoniales —antes y después de estar casados— libremente con otras féminas (esclavas y/o prostitutas) o con algunos muchachos —en el contexto de la pederastia— por puro placer. Durante el acto sexual, era el hombre el que mantenía un rol activo (el que da placer) mientras que sus acompañantes se comportaban de manera pasiva y sumisa (el que recibe placer), lo cual es un reflejo de las relaciones sociales entre hombres y mujeres. Lo mismo ocurría en el tema de la prostitución: las mujeres eran quienes debían prostituirse para el único disfrute de los hombres. En muchas polis, los varones tenían prohibido prostituirse y los que lo hacían generalmente se acostaban con otros hombres. Como se puede apreciar, en el ámbito sexual la mujer griega mantenía una posición subordinada frente al hombre al igual que en el resto de aspectos de la sociedad.

En lo que a las orientaciones sexuales se refiere, hemos podido observar como en la Antigua Grecia se presuponía una heterosexualidad social con fines reproductivos, pero para los hombres las relaciones sexuales entre un varón adulto (*erastés*) y un muchacho joven (*erómenos*) generalmente estaban bien vistas dentro del contexto específico de la pederastia educativa. Por esa razón, podríamos hablar sobre una posible bisexualidad entre los hombres helenos. Sin embargo, también hemos podido ver que las relaciones sexuales entre personas del mismo género fuera del contexto de la pederastia estaban muy mal vistas, motivo por el cual la prostitución masculina fue prohibida por Solón en Atenas. En el caso de las mujeres, la bisexualidad femenina fue completamente excluida e invisibilizada en la sociedad helena —más allá de las pocas referencias que tenemos sobre Safo— porque representaba la versión negativa de las relaciones entre iguales. Asimismo, dada la poca información que ha llegado hasta nuestros días sobre esta temática, después de elaborar este trabajo todavía nos quedamos con la duda de si las relaciones que se daban en los *thiasoi* entre dos mujeres respondían a la misma lógica que las que ocurrían en el contexto de la pederastia entre dos hombres, o por el contrario se basaban en un mutuo aprendizaje antes de que estas finalmente contrayeran matrimonio con sus esposos.

Por último, después de haber llevado a cabo este análisis podemos confirmar que los mitos, uno de los elementos culturales más representativos de la Antigua Grecia, sirven como reflejo del pensamiento de la sociedad helena en el tema de la sexualidad. Como hemos podido observar, los mitos representaban la forma en la que los griegos veían y entendían el mundo. Así pues, como la sexualidad es un tema central del ser humano presente a lo largo de toda su vida, en los mitos griegos aparece totalmente representado este tema a través de ciertos personajes, historias y acontecimientos. En el caso de la identidad de género, las mujeres son mostradas de dos modos distintos: como seres primitivos que intentan seducir a los hombres, o como personas sumisas que encarnan los valores de la feminidad (como en el caso de las diosas del Olimpo) y que sirven como premios/botines para los héroes que las liberan de algún mal. Por el contrario, los hombres aparecen como valientes héroes masculinos o deidades todopoderosas. En el aspecto sexual, en los mitos los hombres suelen seducir a las mujeres mediante tretas y engaños, o directamente mediante el rapto. Aunque en la vida real comúnmente no ocurrían estas acciones, el rapto puede ser interpretado como una metáfora del matrimonio. Además, como ocurría en la sociedad griega, en los mitos también podemos encontrar referencias de relaciones bisexuales pederastas entre dos hombres, pero no sobre dos mujeres.

En conclusión, después de haber llevado a cabo esta investigación estudiando un gran número de fuentes de información primarias y secundarias en profundidad, podemos decir que la sexualidad era entendida, vivida y desarrollada de formas muy diferentes por el género masculino y femenino en la Antigua Grecia durante los periodos arcaico (776-490 a.e.c.), clásico (490-323 a.e.c.) y helenístico (323-146 a.e.c.).

4. Recursos y bibliografía

Alemaný Mesas, N. (2017). La violencia sexual en la mitología griega y su presencia en el rapto de Europa. *Fòrum de Recerca*, 22, 197-215.

Blundell, S. (1995). *Women in Ancient Greece*. London: British Museum.

Blundell, S. (1998). *Women in Classical Athens*. London: Bristol Classical Press.

Burnstein, S., Donlan, W., Pomeroy, S. Tolbert, J. (2011). *La Antigua Grecia: historia política, social y cultural*. Barcelona: Crítica.

Calame, C. (2002). *Eros en la Antigua Grecia*. Madrid: Ediciones Akal.

Cantarella, E. (1991). *Según natura: La bisexualidad en el mundo antiguo*. Madrid: Akal.

Cohen, D. (1991). *Law, sexuality and society. The enforcement of morals in Classical Athens*. Cambridge: Cambridge University Press.

Cruz Andreotti, G., Pérez Jiménez, A. (1995). *Hijas de Afrodita: la sexualidad femenina en los pueblos Mediterráneos*. Madrid: Ed. Clásicas.

Dover, K. J. (2008). *Homosexualidad griega*. Barcelona: El Cobre Ediciones.

Duce Pastor, E. (2019). *El matrimonio en la Grecia Antigua: Épocas Arcaica y Clásica*. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid.

Enguix, B. (2022). *Entre la espada y la pared: cuerpo, género y posthumanismo* (p. 61-90). En: Enguix, B., Martí, J. (2022). *Pensar la antropología en clave posthumana*. Madrid: CSIC.

Eslava Galan, J. (1997). *Amor y sexo en la Antigua Grecia*. Madrid: Ediciones temas de hoy.

Foucault, M. (1984). *Historia de la sexualidad. La inquietud del sí*. París: Éditions Gallimard.

García Gual, C. (2013). *Introducción a la mitología griega*. Madrid: Alianza.

Della Mora, M. (2013). Mitos, prejuicios, tabúes y falacias sobre la sexualidad, en la población adolescente de la ciudad de Buenos Aires. *PSIENCIA. Revista Latinoamericana de Ciencia Psicológica*, 5(1), 24-34.

González Palacios, H. (2020). La virginidad femenina en la Grecia Antigua. Una mirada desde el parentesco. *Antropología Experimental*, 20(17), 237-248.

Hubbard, T. K. (2014). *A companion to Greek and Roman sexualities*. Wiley-Blackwell.

Iriarte, A. (2020). *Feminidades y convivencia política en la antigua Grecia*. Editorial Síntesis.

Lisi, F. L. (2006). *Eros en Platón*. Universidad Carlos III de Madrid, Instituto de Estudios Clásicos Lucio Anneo Séneca.

Molas i Font, M. D. (2012). *De las mujeres, el poder y la guerra. Historia y creación*. Barcelona: Icaria.

Molas Font, M. D. (2007). *Violencia deliberada. Las raíces de la violencia patriarcal*. Barcelona: Icaria.

Molina Ruiz, G. (2014). *La mujer en Grecia y Roma*. VI Congreso Virtual sobre Historia de las Mujeres, 15 al 31-octubre-2014.

Oliva, P. (1983). *Esparta y sus problemas sociales*. Madrid: Akal.

Ormand, K. (2009). *Controlling desires: Sexuality in Ancient Greece and Rome*. USA: Praeger Publishers.

Quintano Martínez, P. (2016). Género, discurso y transgresión femenina en la antigua Grecia: la figura de Clitemnestra. *Fòrum de Recerca*, 21, 39-54.

Rempelakos, L., Tsiamis, C., Poulakou-Rebelakou, E. (2013). Representaciones fálicas en el arte griego antiguo. *Archivos Españoles de Urología*, 66(10), 911-916.

Rodríguez Adrados, F. (1996). *Sociedad, amor y poesía en la Grecia Antigua*. Madrid: Alianza, 1995.

Rueda Gámez, B. (2020). Mujeres y homoerotismo femenino en la Antigua Grecia. Del oikos a la polis y las grietas del sistema falocéntrico. *Journal of Feminist, Gender and Women Studies*, 8, 39-47

Ruiz Gómez, N.L. (2004). La mitología griega en la identidad de género. *Revista Electrónica de Educación y psicología*, 2, 1-29.

Sagrastani, M., Córdoba, N. (2010). Sexualidad femenina en la Grecia clásica: reproducción y placer. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 1(1), 55–72.

Sánchez, C. (2005). *Arte y erotismo en el mundo clásico*. Madrid: Ediciones Siruela.

Sebillotte Cuchet, V. (2015). Regímenes de género y Antigüedad griega clásica (siglos V-IV a.C.) (p. 51-81). *Revista de Historiografía*, 22.

Struve, V. V. (1985). *Historia de la Antigua Grecia (I)*. Madrid: Akal.

Velásquez Páez, D. A. (2018). *El rapto de Ganimedes ¿Relación homosexual o institución griega?: El homoerotismo en la Grecia arcaica y sus posteriores representaciones*. Colombia: Universidad Externado de Colombia.

Vera-Gamboa, L. (1998). Historia de la sexualidad. *Red Biomed*, 9(2), 116–121.

Werner, J. (1962). *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Wulff, F. (1997). *La fortaleza asediada. Diosas, héroes y mujeres poderosas en el mito griego*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

Fuentes primarias

Aristóteles. (1988). *La política* (trad. Manuela García Valdés). Madrid: Biblioteca clásica Gredos.

Demóstenes (s.f.). *Contra Neera* (trad. Helena González). Madrid: Errata naturae.

Esquines. (2002). *Discursos, testimonios y cartas* (trad. José María Lucas de Dios). Madrid: Gredos.

Estrabón. (1992). *Geografía* (trad. Maria José Meana y Félix Piñero). Madrid: Biblioteca clásica Gredos.

Platón. (2006). *El banquete* (trad. Luis Gil). Madrid: Tecnos.

Platón (2017). *La república* (trad. Conrado Eggers Lan). Madrid: Biblioteca clásica Gredos.

Platón. (1999). *Leyes* (trad. Francisco Lisi). Madrid: Biblioteca clásica Gredos.